

I N D I C E

LAS DOS TAREAS: EL PARTIDO Y LA NACION.

LA DEMOCRACIA CRISTIANA HOY.

Uno: Nuestra fortaleza como organización.

Dos: La existencia de un acuerdo esencial sobre la línea política.

Tres: La conciencia de una crisis de eficacia en la administración e implementación de la línea política.

LA RESPUESTA DEL PARTIDO AL DESAFIO DE HOY:

Cuatro: Una efectiva democracia interna.

Cinco: Un espíritu democrático como garantía de convivencia interna.

Seis: Una fuerza moral, construida y sostenida por valores e ideales.

Siete: Un Congreso Nacional del Partido.

Ocho: Una proposición para la renovación de la Mesa Directiva.

Nueve: Un Consejo Nacional representativo.

Diez: Participación y tecnificación en el manejo de la línea política

LAS DOS TAREAS: EL PARTIDO Y LA NACION

La crisis del país es bastante conocida entre nosotros. Sus enormes dimensiones morales, en la economía, la política, las relaciones exteriores, la seguridad de los ciudadanos, la seguridad del país (seguridad nacional) y en los más variados campos, es un asunto suficientemente explicado en infinidad de documentos.

El "diagnóstico-denuncia", como dijo una vez alguien con acierto, es claro y conocido. Abrumador, además.

No tenemos, sin embargo, igual claridad respecto de la forma de superar la crisis. ¿Qué hacer? ¿Cómo servir más eficazmente a Chile y a su pueblo? ¿Como contribuir a la doble tarea de derribar la dictadura y construir una democracia estable?

Las páginas que siguen son la exploración de una respuesta. Un esfuerzo, con sus inevitables limitaciones, para ayudar a definir una tarea. Una gigantesca tarea de los demócratacristianos al interior del partido y de los demócratacristianos y la más amplia coalición de chilenos por dar un proyecto a la nación.

Partido y nación son dos de los ámbitos en que se ubica nuestra lucha por superar la miseria, la violencia, la privación de libertad.

Al Partido Demócrata Cristiano lo concebimos como el instrumento que ha de organizar y canalizar nuestros esfuerzos para reconstruir Chile y para crear una sociedad más cercana a los valores de justicia, libertad e igualdad.

El partido, más allá de la camaradería y de la formación en que nos ha educado y que nos hace unirnos y reconocernos como partes de una comunidad, no es un fin en sí mismo, sino un medio para servir a Chile. Si somos un partido político es porque estimamos que es una forma de ser mejores ciudadanos; de preocuparnos y servir más adecuadamente el bien común; el modo más claro de tratar de influir sobre nuestra vida como nación a partir de proyectos, principios y

valores que son públicos y que invitamos al país, particularmente a los más jóvenes, a compartir y a hacerlos suyos.

Sentimos que pesa sobre la Democracia Cristiana la obligación de contribuir poderosamente a una tarea histórica urgente. Pero reconocer esa responsabilidad no es en modo alguno pretender una hegemonía. Más que nunca rechazamos en esta hora la idea de un partido fundado en la arrogancia y la pretensión absurda de tener un derecho sobre el destino de Chile. Queremos una Democracia Cristiana que sea esencialmente un servicio, esto es un servicio al país y especialmente a los más pobres.

Preocupados por lo que ocurre, hemos creído conveniente, en esta hora de debates y decisiones en el partido, dirigirnos a nuestros camaradas para proponerles discutir las siguientes proposiciones, que están inspiradas en la idea de qué hacer en la Democracia Cristiana de modo que ella pueda servir mejor a Chile.

LA DEMOCRACIA CRISTIANA HOY.

Antes de iniciar la discusión sobre el futuro, sus desafíos y tareas --que es el mayor interés de estas páginas-- nos parece conveniente hacer un breve inventario de la actual situación del Partido, que sirva de base sólida a un proyecto, realista y ambicioso a la vez.

A nuestro juicio, tres son los rasgos principales que caracterizan a la Democracia Cristiana hoy.

UNO: Nuestra fortaleza como institución.

Sabíamos, en teoría, porque así lo mostraban las experiencias de otros países, que la dictadura arrastraría sobre Chile las fuerzas que amenazan con la desintegración de las sociedades: la mentira, la violencia, la acumulación de odios, la corrupción, el abuso, la destrucción de la solidaridad entre las personas y los grupos, el

servilismo frente al poder y la pérdida de la dignidad política.

Los hechos han probado, trágicamente, que así ha ocurrido.

El país, en estos diez años, ha visto demoler el prestigio de las instituciones de la República que hasta hace algo más de una década nos parecían, no obstante sus fallas, parte de nuestro patrimonio como nación: el poder judicial; las fuerzas armadas; la prensa; las universidades; la empresa privada; el aparato productivo del Estado; etc. En lo político, las antiguas estructuras partidarias parecen trituradas: la derecha dividida en nueve o diez grupos; del viejo tronco radical surgen a lo menos cuatro movimientos; el socialismo se recompone y descompone en innumerables fracciones.

Entre las grandes instituciones de la nación, sólo una de ellas ha sabido, en el período, no sólo salvarse sino acrecentar su prestigio: la Iglesia Católica. Y entre las agrupaciones políticas sólo nosotros sobrevivimos íntegros a la crisis generalizada.

En cierto modo -y dicho con modestia, ajenos a todo "chovinismo partidario"- la Democracia Cristiana ha cruzado esta década robusteciéndose en la adversidad. Con nuestras fallas y errores, la Democracia Cristiana es hoy, una institución sólida y organizada. Hemos permanecido unidos. El país percibe en nosotros, y particularmente en quienes en los más variados lugares de lucha han representado nuestros símbolos y nuestras ideas, un grupo de personas honestas y consecuentes aunque, con seguridad, no tan eficaces como habría sido dable desear. Chile sabe que hemos conservado nuestra influencia a lo largo de todo el territorio y en los más diversos organismos sociales; que continuamos agrupando, individualmente como partido, la mayor fuerza sindical, poblacional, estudiantil y de profesionales, técnicos e intelectuales.

Las circunstancias anteriores, nos han hecho uno de los escasos puntos de tierra firme en medio del naufragio institucional a que ha arrastrado al país la dictadura. Reconocer ese hecho es nuestra obligación, no para jactarnos sino para que, asumiéndolo, sepamos estar a la altura de la responsabilidad a que las circunstancias nos obligan.

La peor y la más grave injuria que podríamos hacerle al país y a su lucha por la democracia, sería que hoy, por algún error político o moral, pasáramos a escribir otro capítulo más de este, hasta ahora

interminable, proceso de degradación de las instituciones.

DOS: La existencia de un acuerdo esencial sobre la línea política.

Hablamos de un acuerdo esencial como un modo de señalar que no es obstáculo a reconocer ciertas diferencias y matices en la interpretación y ejecución de esa línea política.

Ese tipo de acuerdo, abierto y no absoluto, creemos que es un hecho que debe ser destacado. La Democracia Cristiana quiere ser un partido político humanista y moderno y, por tanto, rechaza la idea, común a colectividades antidemocráticas, que sueñan con partidos como ejércitos o como sectas, con ortodoxias, unanimidad y militantes que son instrumentos de una verdad oficial y totalizante, que administran las cúpulas.

Dentro de este marco y con esos límites, sostenemos que no hay diferencias significativas en torno de las definiciones políticas básicas del Partido. Las líneas adoptadas apuntan en el sentido correcto y cuentan con un respaldo muy amplio.

Podemos resumir esos acuerdos en los siguientes puntos, según ellos fueron redactados en un documento recientemente aprobado por la Comisión Política y cuya redacción estuvo a cargo de un grupo de camaradas compuesto por Patricio Aylwin, Renán Fuentealba, Jaime Castillo, Sergio Molina, Ricardo Hormazabal, Gutenberg Martínez, Genaro Arriagada y a la que posteriormente se integró Narciso Irureta.

a) un concepto de democracia. La democracia pluralista, auténticamente representativa, fundada en: la noción de los derechos humanos, según la Declaración Universal de las Naciones Unidas; el reconocimiento de la soberanía popular (derecho a elegir y a ser elegido); la complementación de los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial; y el principio de participación como guía de la vida política, social y cultural. La democracia así entendida es amplia: cubre los derechos personales, sociales, económicos y culturales, como también los que la comunidad de hombres libres tiene frente a los enemigos de la libertad.

b) la valoración de la Alianza Democrática. El Partido acepta plenamente la relación establecida dentro de la Alianza Democrática y

está dispuesto a ampliarla sobre la base de conceptos democráticos coherentes con las definiciones que sostenemos. Afirma que esta combinación debe desarrollar una posibilidad de gobierno y prepararse desde ahora para ese objetivo. Igualmente señala como elemento indispensable la tarea de unir a la Alianza con los sectores organizados del pueblo. La Alianza Democrática debe mantener su fundamento ideológico y su conformación política, sin aceptar el ingreso de partidos que implican problemas relativos a la noción misma de democracia o a perspectivas económico-sociales demasiado lejanas de lo que pensamos.

c) el rechazo a la unidad orgánica de la oposición. El Partido ha rechazado y rechaza la tentativa de crear una plataforma única que reúna a todos los partidos opositores, sin considerar problemas de doctrina, de perspectiva política o de métodos de lucha, por estimarla sin coherencia interna, difícil de obtener, perjudicial a los fines opositores y perturbadora para la opinión pública.

d) el método de lucha por la recuperación democrática. Ese método se expresa en la tesis de la no violencia activa, esto es la vía pacífica de recuperación de la democracia. Es la movilización organizada, pacífica y solidaria, en las formas de no violencia activa, la que realizará el paso de la dictadura a la democracia. En este sentido, importancia fundamental tiene la movilización social, que consiste en promover las aspiraciones sectoriales --negadas, coartadas o suspendidas por la dictadura-- a fin de que las mismas instituciones sociales, gremiales, culturales, etc., las encaucen y logren la convergencia de los chilenos en torno a sus problemas concretos. La solidaridad entre los distintos sectores, para obtener la satisfacción de sus necesidades, corona ese proceso y da a la organización del pueblo toda su eficacia.

e) la búsqueda de relaciones con otras fuerzas políticas. La Democracia Cristiana estimula la unidad del pensamiento humanista, cualesquiera sea su origen filosófico, de modo que todas las corrientes se unan en el respeto a los derechos del hombre y deduzcan de la actual experiencia chilena, la necesidad de trabajar por los valores de la libertad, la paz, la justicia y la solidaridad.

f) la tarea política concreta. El PDC lucha por recuperar la

democracia y mantenerla de manera estable en el futuro.

g) la definición frente al Partido Comunista. El Documento de Consenso, de 1982, señala que el Partido Comunista chileno, por su ortodoxia leninista, por su ligazón disciplinada a la dirección política de la Unión Soviética, por su táctica de "violencia selectiva", no ha sido ni será un potencial aliado político de la Democracia Cristiana. De modo aún más preciso, nuestras diferencias con el PC fueron expuestas en la carta que el Presidente Nacional, Gabriel Valdés, enviara al Partido Socialista de Chile.

No es nuestro ánimo ocultar que restan, sin embargo, algunos otros puntos sobre los que existen diferencias. Pero es justo reconocer que ellos, en lo que respecta a la línea política del partido, son de importancia menor y no logran cuestionar lo que es la afirmación básica de esta proposición: que existe entre nosotros, como no siempre ha ocurrido en el pasado, un acuerdo político esencial.

La pasión por la unanimidad no ha sido nunca una característica del partido y ello debido a nuestra defensa del humanismo, la inteligencia y el pluralismo.

TRES: La conciencia de una crisis de eficacia en la administración e implementación de la línea política.

No obstante lo acertado de las definiciones políticas, hay una grave falla de orden práctico. Las definiciones son correctas, pero su implementación muy distante de ser satisfactoria. No sólo se trata de que los hechos no se ajustan a las concepciones teóricas sino de que nuestros esfuerzos no logran variar el curso de los acontecimientos, ni logran mostrar y convencer al país de la validez de nuestros proyectos e ideales. Definimos bien, pero implementamos menos que bien o mediocrementemente.

La denuncia de estas fallas de implementación no traducen tanto una crítica a la directiva, como el reconocimiento de una responsabilidad colectiva fruto de la incapacidad para asumir las nuevas realidades creadas en los últimos meses.

La vida chilena cambió a partir de agosto-setiembre de 1983. De hecho, y contra la voluntad del gobierno, las protestas y otros

fenómenos políticos y sociales, crearon un mayor espacio político que el que había caracterizado al país desde el golpe militar de 1973. Los chilenos emergieron a la actividad cívica. Desde las bases vecinales, comunas y provincias, llegaron ingentes demandas de activación. La prensa habilitó espacios para un debate e información políticas, pero que justamente debido a sus limitaciones, crearon a las directivas partidarias de oposición, y en particular a la nuestra, nuevas y muy urgentes exigencias. El país entero, y particularmente los militantes, reclamaron, con justicia, proyectos, definiciones y actitudes que nunca antes, en diez años, habían sido reclamadas. Actores políticos hasta ese momento en silencio, retornaron a la escena, disputando al partido espacios que antes nos parecían invulnerables o planteando críticas y polémicas para las que habíamos dejado de estar preparados.

Como consecuencia de estos hechos, lo que hasta ayer parecía un nivel de actividad suficiente, hoy resulta dramáticamente insatisfactorio. La demanda sobre el partido y sus dirigentes ha crecido en progresión geométrica. Los recursos humanos y materiales, en cambio, se han mantenido estables o, todo lo más, para seguir en el símil, crecido en progresión aritmética.

Las dimensiones del desafío político han cambiado radicalmente.

Desconocer lo anterior puede llevar a formular quejas muy parciales a la actual directiva. Ella enfrenta demandas enormemente superiores a aquellas que se podían prever en los días de su constitución. Sería injusto desconocer que la insuficiencia que muestra no es el resultado de que esté haciendo menos, sino de que se le está exigiendo mucho más.

Pero esta conciencia no puede ser pretexto para ocultar la realidad de nuestra dramática crisis de eficacia. No es necesario acusar ni condenar para resaltar que en este campo estamos mal. Las definiciones acertadas no son seguidas por acciones coordinadas que afecten positivamente el curso de los acontecimientos. Rara vez somos capaces de mantener la ofensiva en el debate político. Somos la gran fuerza intelectual y técnica del país, pero no siempre el lenguaje del partido es moderno, claro o profundo. Hemos definido con acierto la movilización social, sin embargo no hemos sido capaces de implementarla

en la práctica de modo que ella sea efectivamente el poder social que debe ser. No hemos sabido mantener una línea de denuncia sostenida para representar, con altura y responsabilidad, los niveles de crueldad, de corrupción e ineficacia a que ha llegado la dictadura. Las comunicaciones internas del partido están en crisis y, así mismo, no hemos podido, eficazmente --salvo en el esfuerzo de democratización interna-- entregar a cada militante, base o frente, una tarea concreta.

Hay, entonces, una crisis de eficacia en la implementación de la línea política que es urgente remediar.

LA RESPUESTA DEL PARTIDO AL DESAFIO DE HOY

Pensamos a la Democracia Cristiana como un partido que es una organización, una comunidad humana fraternal, un espíritu y un estilo.

Esa organización, como lo escribía don Eduardo Frei, no puede ser una superestructura elitaria sino una forma de convivencia abierta y democrática, que sirva de eficaz canal de comunicación desde y hacia las bases sociales del país, en una perspectiva de real servicio. Una estructura capaz de establecer un diálogo permanente con el mundo de la juventud, de los trabajadores, de la cultura y de la técnica. El partido debe ser una comunidad humana fundada en un espíritu democrático y en los ideales de fraternidad y amistad cívica de que hablaba Maritain. Un espíritu comprometido con la renovación del mundo y con las luchas de los pobres por la libertad y la justicia y nunca la Democracia Cristiana, como con tanto énfasis lo rechazara Frei, una fuerza centrista y vacilante, desprovista de ideales. Nuestro estilo no debe ser otro sino la forma de trascender a la sociedad los valores de democracia, justicia, participación, fraternidad, compromiso con el pueblo que son los que deben inspirar a la Democracia Cristiana como partido y a los demócrata cristianos como ciudadanos.

Teniendo presente lo anterior, queremos ofrecer al debate

interno, las siguientes proposiciones, que aspiran a contribuir a dar una respuesta a los desafíos en el partido hoy.

CUATRO: Una efectiva democracia interna.

Al Partido le preocupa el perfeccionamiento y consolidación de su democracia interna. Esa es una tarea fundamental en nuestra vida como organización, una de las de mayor trascendencia, y tal vez, la más optimista y urgente.

En la vida política contemporánea, e incluso en la de muchas democracias, se ha hecho común la existencia de fuertes contradicciones entre, por una parte la democracia como modo de gobierno del Estado y, por otra, formas abiertas o encubiertas de dictaduras en los partidos, sindicatos, gremios. Es evidente que un partido como el nuestro, con su ideología y valores, no puede aceptar una contradicción de esa especie ni en la sociedad ni mucho menos en su vida interna. Si creemos en la democracia como forma de gobierno del Estado, nuestro esfuerzo de democratización debe partir por nosotros mismos, por aquellas organizaciones en que participamos de modo más cercano y concretamente por el partido, que nos pertenece. Tal es la posición consecuente en una colectividad que ha postulado constantemente el desarrollo y la democratización de las organizaciones del pueblo. No podemos exigir al gobierno del Estado un concepto de la legalidad, del derecho y de la democracia que no debamos imponernos a nosotros mismos.

Es cierto que durante una década tuvimos que aceptar los límites objetivos que al intento de democratización del Partido imponía el hecho de que la vida transcurría bajo la dictadura.

Pero las circunstancias de ayer, y entendemos por ellas incluso aquellas que caracterizaron a los primeros ocho meses del año 1983, no son las de hoy. Es cierto que la dictadura continúa en el poder; pero es cierto, también, que hoy existen espacios para hacer real un grado de democracia en el partido que sólo ayer nos parecía imposible.

CINCO: Un espíritu democrático como garantía de convivencia.

En estos años, la dictadura y los sectores que han prestado su colaboración ideológica a ella, han tratado de desvalorizar la democracia. De un modo peyorativo recalcan, una y otra vez, que la democracia no es sino un medio, un asunto de menor rango, cuyo restablecimiento se puede lograr con decretos más o decretos menos.

Esa opinión contradice nuestros principios y la experiencia histórica de las instituciones democráticas a lo largo del mundo.

La democracia, sin un espíritu, sin fidelidad a valores y formas de vida no es todo lo que debiera ser. Es cierto que en ella los procedimientos son indispensables. Pero una democracia que sólo consiste en normas que regulan las disputas por el poder, no es algo que sea un ideal, una tarea trascendente para una nación o una institución.

Sólo la banalidad de una cultura empobrecida por la censura y la regimentación del pensamiento, puede llevar a creer que la democracia se agota en votar y en que la mayoría mande.

El gobierno de la mayoría es sólo uno de los principios de la democracia. Y ese principio sólo es aceptable si va asociado, de modo inseparable, al principio de la protección de la minoría. La idea simple de "yo mando y tu obedeces" no es de demócratas y mucho menos de camaradas que creen en la democracia. La perspectiva democrática es esencialmente distinta. El poder es inevitable. Alguien debe ejercerlo. Quien lo ejerce debe hacerlo sin atropellar la dignidad de los otros. El poder es ejercido por hombres sobre hombres y, en nuestro caso, por camaradas sobre camaradas, y los hombres -sean o no camaradas, claro está- tienen una dignidad inalienable.

La democracia tiene como rasgos distintivos tanto su técnica como su espíritu. Supone acuerdos en principios fundamentales, sin los cuales las pugnas políticas se librarán ajenas a la consideración por la dignidad de las personas, sin regulaciones morales y carentes de consideración por los intereses permanentes de la comunidad.

No hay democracia sin un compromiso muy hondo y real con una forma de moral que, como decía Maritain, reverencie "la verdad y la inteligencia, la dignidad humana, la libertad, el amor fraternal y el valor absoluto del bien moral".

Afirmamos, además, que las luchas internas de los partidos deben ser más dignas, fraternales y elevadas que aquellas que caracterizan a la nación.

Un país es una comunidad donde la pertenencia la da un hecho involuntario que es el nacimiento, el suelo y la sangre.

La Democracia Cristiana, como todo partido, es una asociación voluntaria de personas. Hombres y mujeres que deciden libremente pertenecer a esta comunidad porque adhieren a sus principios, sus valores, su programa. Porque veneran unos mismos símbolos y se declaran solidarios con un mismo pasado.

Es cierto que como organización democrática no sólo aceptamos, sino que reconocemos como legítimas y estimulantes la existencia a nuestro interior de diferencias, dispares apreciaciones políticas y programáticas, surgidas a partir de la interpretación de un mismo patrimonio histórico, moral y doctrinario. Pero nuestras luchas internas, con todo lo legítimas y positivas que ellas pueden ser, deben estar reguladas por más valores que los que se dan a nivel de la nación y el Estado.

Creemos que nadie en el partido concibe una organización democrática que sea monolítica. Aceptamos como un gran bien la renovación mediante elecciones de nuestras directivas, la alternancia de los militantes en los cargos directivos, la confrontación de opiniones, el control y la revocación de los mandatos de los dirigentes por los dirigidos. Pero creemos, también, que ninguna pugna entre nosotros puede dejar de tener presente que estamos obligados a ajustar nuestra conducta a ciertos valores -los de la democracia y del humanismo cristiano- que declaramos venerar. Valores exigentes que los hemos elegido voluntariamente como una opción y compromiso personales.

SEIS: Una fuerza moral construida y sostenida por valores e ideales.

La preocupación por nuestra democracia interna, siendo un asunto esencial e irrenunciable, no debe llevar a poner en un segundo rango la afirmación moral y de principios de nuestro partido.

A lo largo de diez años, los sectores vinculados a la dictadura, han hecho una prédica sistemática en contra del idealismo en

política.

Teorías de antiguo cuño, permanentemente fracasadas, fueron presentadas como nuevas y ofrecidas al país como resultados de "la ciencia" y de "la técnica". En nombre de ellas se postuló una sociedad sin valores, dura, cruel, donde había que aceptar el egoísmo, la injusticia, "el costo social", la carencia de libertad como hechos "científicamente" inexorables.

Nuestro partido surgió y se ha mantenido en lucha radical contra esa visión no sólo desesperanzada sino falsa del mundo y de su historia.

La Democracia Cristiana o es una aspiración a una sociedad ideal o no es nada. No somos pasto del escepticismo que no cree en nada ni del cinismo que todo lo acepta. Por el contrario, somos una rebelión permanente contra las imperfecciones del mundo; contra la injusticia, el egoísmo, la división de los hombres en clases, el abuso del poder, el atropello a la dignidad de la persona, contra el odio de las razas, las religiones, las clases o de los partidos.

Contra todo materialismo, afirmamos que el futuro es una construcción del hombre como ser libre y, a la vez, como portador de una conciencia moral. No es "la mano invisible del mercado" la que marcará nuestra vida futura ni como economía y mucho menos como sociedad y nación. Tampoco la dialéctica de la lucha de clases y el materialismo histórico. Nuestro futuro no estará determinado por ningún fatalismo sino por una mezcla de ideales y de habilidad práctica para hacer reales esos ideales.

Los demócrata cristianos concebimos la política con referencia a ideales o simplemente no la concebimos. Somos parte de las fuerzas que han surgido, se organizan y mantienen para cambiar el mundo. Por eso conservamos nuestra influencia de generación en generación, somos capaces de sobrevivir unidos a las crisis y movilizamos a centenares de miles de hombres, mujeres y jóvenes en la esperanza de un mundo mejor.

Eso somos y eso queremos seguir siendo aunque ellos nos signifique continuar enfrentados por el tiempo de nuestras vidas a las fuerzas del egoísmo, de los totalitarismos y del poder injusto.

SIETE: Un Congreso Nacional del Partido.

Mucho hemos avanzado en los últimos meses en el camino hacia la democratización interna. La tarea de refichaje y los actos electorales para designar a los dirigentes de todos los niveles, han sido verdaderos reencuentros cívicos de la Democracia Cristiana con una de sus tradiciones más honorables y querida, robusteciéndola en su vocación y confianza en la democracia como forma de vida y eficaz instrumento para generar el poder.

Pero el estatuto puesto en aplicación para estas elecciones, eficaz y legítimo en esta coyuntura, tiene demasiadas insuficiencias y fallas. Construido para hacer frente a la emergencia de la actual renovación de directivas, no es justo pedirle respuestas a problemas que no sólo no tuvieron en vista sus redactores, sino que deliberadamente, se decidió obviarlos.

Si aceptamos que cada día tiene su afán, no hay nada malo en reconocer que el actual estatuto no contiene una concepción de partido; no define, y por tanto menos resuelve, los problemas esenciales de una agrupación política moderna. No contiene una idea matriz acerca de lo que debe ser la estructura de poder en una colectividad renovada o, dicho de otro modo, habla de elecciones pero evita pensar sobre el poder. No resuelve, tampoco, el problema largamente debatido de las formas de inserción del partido en las diversas instancias de organización social. Cumple el estatuto la importantísima función de fijar las normas de elección de las directivas, hecho que siendo esencial a la democracia, sin embargo no la agota. Por otra parte, si se considera al partido en función del sistema político (parlamento, elecciones, poder comunal, poder presidencial, etc.) las carencias de ese cuerpo de disposiciones son absolutas.

Un estatuto de la profundidad y alcance que aquí reclamamos, sólo debiera ser discutido y aprobado en un Congreso Nacional. Ese estatuto es uno de los elementos esenciales del pacto fundante que es un partido; es, en cierto modo, lo que la Constitución Política al Estado. Por tanto, su generación y aprobación debe estar radicada en el órgano fundamental de nuestra organización.

Postulamos, por tanto, que el próximo paso en nuestro camino de democratización interna es el "IV CONGRESO NACIONAL DE LA DEMOCRACIA

CRISTIANA". Sostenemos que la próxima dirección nacional que se elija --Mesa Directiva y Consejo Nacional-- deben tener como uno de sus mandatos principales, la organización de este evento.

Pero los problemas de la democracia interna, del tipo de organización política que queremos ser y de nuestra inserción como partido en el sistema político y social, son sólo algunos de los asuntos cuya definición exige la realización de un Congreso Nacional.

Tras once años de dictadura y a diecisiete años del anterior Congreso, el partido necesita, en una reafirmación de sus principios, renovar su ideología y su programa.

UNO: Una proposición para la elección de la Mesa Directiva.

Sobre este asunto, delicado y crucial, los firmantes del presente documento hemos convenido, en términos generales, en la siguiente argumentación, que estimamos clara y constructiva y que ofrecemos a nuestros demás camaradas.

Antes de decidir sobre la próxima elección de Mesa Directiva creemos necesario tener presente las tres observaciones que se señalan a continuación.

La primera, ya dicha, es que el partido no enfrenta en la actualidad, diferencias significativas acerca de su línea política. En tales condiciones, una confrontación interna, no obstante su legitimidad, que reconocemos, tendería a ser innecesariamente agravada y explotada por adversarios y enemigos del partido.

La segunda, es que en el lapso previsible del próximo año y medio, por lo menos, el partido estará comprometido en una suma de negociaciones con las más variadas fuerzas políticas y, eventualmente, hasta con los propios Jefes militares. Semejante acción importará una faena compleja y desgastadora, que requiere entre los que la ejecuten, en nombre del partido, confianzas morales y de equipo muy sólidas.

Esta tarea esencial para la suerte del país, a nuestro juicio debiera ser entregada a una Mesa directiva unitaria, en que estuvieran representados y comprometidos los variados sectores de nuestra colectividad. Si esa circunstancia no se da, la política de alianzas y negociaciones de la Democracia Cristiana corre el riesgo de verse

afectada por un clima de sospechas y recriminaciones.

La tercera es, que creemos que el próximo paso fundamental en el proceso de democratización y definición del partido es, como hemos dicho, la organización de un Congreso Nacional de nuestra comunidad política. Naturalmente, la realización de este evento fundamental queda mejor asegurado a través de una Mesa Directiva que no represente el triunfo electoral de un sector del partido sobre otro, sino un acuerdo de todos.

Teniendo presente las consideraciones anteriores, creemos necesario, en la actual coyuntura, lograr un compromiso acerca de una nueva Mesa Directiva, para ser ofrecida como una proposición a la base partidaria. Nos pronunciamos categóricamente por una Mesa de unidad, entendiendo por ella una en que, como resultado de su integración, no hayan vencedores ni vencidos. Expresamos nuestra decisión de respaldar activamente a quienes busquen y logren ese acuerdo. Estamos, seguros de que el partido tenderá a respaldar activamente una proposición amplia y generosa para la Mesa Directiva, que asegure la eficiente implementación de una línea política sobre la que existe consenso y el más unitario y eficiente manejo de la política de alianzas y de contactos con otras fuerzas y actores políticos.

Declaramos que nuestro firme anhelo de una Mesa de unidad no puede ser obstáculo para que los que estén en desacuerdo con esa proposición, presenten, de conformidad al Estatuto, su propia lista. Rechazamos, por tanto, cualquier intento de imponer esa Mesa Directiva mediante una decisión de dirigentes que suspendiera, para este efecto, la vigencia de la democracia interna.

Pero con la misma fuerza, rechazamos la idea simplista de que la proposición de una Mesa de unidad importe un menoscabo de la democracia interna. La democracia no es "el disenso por el disenso". Semejante visión es errónea, por decir lo menos, pues la vida democrática, más que ninguna otra, es la vida en la amistad, en el respeto, en la solución pacífica y armónica de las diferencias. En tal sentido, las elecciones son un medio esencial de la democracia; pero, igualmente, y en el mismo rango de importancia, lo son la negociación, la conciliación de diferencias e intereses, la búsqueda tolerante de acuerdos mayoritarios.

Creemos que esta proposición, es la mejor fórmula institucional interna en el intento de compatibilizar los objetivos de unidad y democracia; discrepar sin desgarrar innecesariamente al partido; probar, bajo condiciones de una menor tensión, la nueva institucionalidad interna; organizar, en las mejores condiciones, el próximo Congreso Nacional del partido y avanzar con mayor seguridad en las negociaciones tendientes a lograr un gran acuerdo nacional y una salida a la crisis.

NUEVE: Un Consejo Nacional representativo.

La Mesa Directiva unitaria que postulamos no debe ser obstáculo, en modo alguno, para la competencia eleccionaria en el Consejo Nacional.

Creemos que las diferencias de matices, que hemos reconocido en este documento, acerca de la línea política del Partido y su implementación, deben expresarse en la elección del Consejo.

El Consejo es la instancia normativa del Partido. El lugar donde se discute, analiza y aprueba la línea política, y donde se controla su ejecución. La Mesa Directiva, en cambio, es el órgano ejecutivo superior. Las exigencias de unidad y del más amplio respaldo que nos llevan a demandar una Mesa unitaria, no son válidas respecto del Consejo. El Consejo es más útil y eficaz en una diversidad de opiniones, experiencias y perspectivas para enfrentar y enjuiciar la situación.

DIEZ: participación y tecnificación en el manejo de la línea política

Hemos dicho, y lo reiteramos, que el Partido vive una crisis de eficacia que es urgente superar.

Para enfrentarla es necesario buscar soluciones que respeten los objetivos de participación y tecnificación en el manejo de la línea política.

No aceptamos una delegación total de poder y, por tanto, rechazamos como contrarios a nuestros valores cualquier forma, sedicente o encubierta, de despotismo ilustrado o de centralismo

democrático.

Al respecto, creemos necesario, definir un proyecto de racionalización de nuestra acción que tenga como elementos fundamentales el respeto de los siguientes tres criterios.

El primero es el de la más amplia participación. El partido debe asegurar a la base partidaria y a las diferentes tendencias que puedan existir en su seno, una participación real en la toma de decisiones y en la gestión. La participación no puede agotarse en que los militantes emitan un voto una vez cada dos años para a continuación quedar inactivos en espera de las verdades que elaborarán las cúpulas. Creemos que la perspectiva correcta es afirmar que los dirigentes electos tienen una legitimidad inicial que la mantienen y acrecientan a través de un proceso continuo y permanente de participación de la base en la gestión política.

Esa participación comienza por privilegiar una discusión permanente en el seno de los núcleos de base y por asegurar que las conclusiones e ideas que emanen de dicho debate sean efectivamente recogidas y tomadas en cuenta en las instancias superiores de la estructura. Dichas discusiones, para que tengan relevancia, deben estar fundadas en una adecuada información que sólo debe tener muy excepcionales limitaciones en casos que se pueda comprometer la seguridad interna de la organización.

Un segundo criterio fundamental, debe ser garantizar que la implementación de las líneas políticas que se definan, se efectúe con la activa colaboración de equipos técnicos de trabajo que aporten puntos de vista y tecnologías modernas de comunicación, información y administración. Es imprescindible dotar al partido de una estructura operativa que haga posible esa integración sobre la base de la aplicación, sin restricciones, del principio de buscar "de lo nuestro lo mejor", cualesquiera sea la tendencia interna. Es urgente la creación de estructuras político-técnicas de planificación, que hagan uso de técnicas modernas al más alto nivel profesional. El partido cuenta con esos recursos humanos en abundancia y su utilización es esencialmente un problema de decisión y de crear una estructura orgánica capaz de integrarlos en condiciones que garanticen el eficaz empleo de su esfuerzo.

Un tercer criterio fundamental debe ser el pleno respeto del estatuto del partido y de su estructura formal, que obliga a todos los militantes pero particularmente a la dirección superior. En el pasado, muchas veces los intentos de activar la participación y casi siempre los propósitos de tecnificación, han tomado la forma de comités ad-hoc o de designaciones personales, ajenas a la estructura y a las autoridades regulares reconocidas por el estatuto. Los efectos contraproducentes de esta forma de operar difícilmente pueden ser magnificados. Una participación y una tecnificación que se hace en atropello al estatuto y a las autoridades formales del partido está destinada irremediabilmente al fracaso. No es eso, en modo alguno, lo que queremos. Es la adecuación de toda la estructura de manera de hacer consustanciales a ella los criterios que aquí hemos señalado.

Estimados camaradas:

El compromiso de la Democracia Cristiana con el país está marcado, como pocas veces antes, por un sentido de urgencia que es la presente realidad de injusticia, miseria y falta de libertad. Además, por la amenaza de una escalada de violencia, resultado de estrategias que buscan resolver la política en términos de guerra.

Son millones de hombres, mujeres, jóvenes y niños que esperan una acción política eficaz que contribuya a librarlos de la pobreza que los acosa y cerca, de la falta de trabajo y de habitación, de la vulgaridad de la dictadura, de la asfixiante privación de derechos, de la creciente corrupción del poder.

Las proposiciones que aquí hemos hecho, aunque solamente referidas a la vida interna de la Democracia Cristiana, aspiran a ser, en ese ámbito, una contribución a la solución de los problemas de Chile